

FRANCIS ARROYO para LUIS ASTOLFI

Conocí a Francis Arroyo durante una noche de invierno, y, como sería una pauta desde entonces cada vez que nos hemos visto, rodeado de belleza. La de sus obras, la de sus amigos, y en último término, la suya como persona.

Francis Arroyo, desde entonces un amigo inesperado, es alguien difícil de definir. Yo siempre le digo que es mejor que nos definan nuestros actos, nuestras obras, por encima de las palabras que alguien pueda escribir. Sin embargo, a mí, que soy un ingeniero técnico, me gusta simplificar los problemas a su mínima expresión, para después resolverlos desde ahí, hasta llegar a su máxima complejidad. Así, la última vez que nos vimos le regalé una sola palabra, llena de diferentes significados y que, en mi opinión, humilde e interesada (y desde los años que hace que nos conocemos) define lo que él es: SEDUCTOR.

Porque Francis Arroyo posee la belleza de su humanidad, la del artista bohemio al que le ves pisar de refilón el suelo mientras que la mayor parte del tiempo te das cuenta, por su mirada perdida, que está en algún otro lugar mucho menos firme. Y como consecuencia natural de todo ello, toda esa belleza, todo lo que es el autor y, sobre todo, todo lo que es para los demás, se plasma directamente en todas sus obras, a lo largo de un viaje interminable que las ha llevado por todos los rincones del planeta.

Así, como es él, sus obras son a la vez lo que se ve y lo que se imagina, lo que se muestra y lo que se insinúa, lo que ofrece, lo que entrega y lo que se guarda. Son lo evidente cuando te las encuentras de frente y lo que te sorprende cuando te atreves a dejarte llevar por ellas, y por él. Lo cual, doy fe, es algo a lo que es muy difícil resistirse.